FABULA XI.

El perro grande y el chico.

Una amistad, una confianza estrecha
Es lícita entre iguales, y con tiento;
Mas nunca con los grandes aprovecha.
Con ellos pierde el chico. Va de cuento.

Un perro grade jugaba
Con un chico cierto dia,
Y este al perrazo mordia
Seguro de que chanceaba.
Lo desigual olvidaba,
Y en una de estas mordió
Recio al mastin: le dolió
A éste accion tan atrevida,
Y le dió una sacudida
Que la vida le costó.

FABULA XII.

El herrador y el zapatero.

¡Ha señor herrador!—So zapatero,
Indecente y grosero,
Tenga mas cortesía,
Señor D. herrador para otro dia.
¿No echa de ver el mísero malcriado,
Que su oficio es tan vil, como el mio honrado?
—Señor, en mi conciencia
No encuentro yo ninguna diferencia,
Salvo solo los hombres,
Entre ser zapatero de los nombres,
O calzador de béstias.—Mentecato:
¿Qué va que la nariz te desbarato?
¿Qué piensas, insolente,
Que se puede con sólidas razones
Esta destruir y mil preocupaciones
Que los hombres abrazan tenazmente?
Cierto que es disparate, no replico,
Respondió el zapatero, y calló el pico.

FABULA XIII.

La espada y el sombrero.

¿Qué no me ves, compañero,
Qué guapa y qué noble soy?
Siempre lado á lado voy
Del rey ó del caballero.
Una espada muy ufana
Así á un sombrero decia,
Y éste dijo: Amiga mia,
Poco á poco, no sea vana.
Yo tengo mayor nobleza,
Y nunca hablo tan hinchado;
Pues el rey no solo al lado
Me trae, sino en la cabeza.
Es verdad, dijo la espada:
Serás mas noble que yo;
Pero mas valiente no:
En eso no vales nada.
Yo castigo al delincuente;
Yo le doy al noble honor;
Al cobarde doy valor,
Y resguardo al inocente.
Yo doy gloria en las campañas;
En la ciudad brillantez,
Y no hay ni sola una vez
Que no cuente mil hazañas.
Me presto á las diversiones
Muy jovial y placentera,
Y en fin, soy la arma primera
Que honran las cultas naciones.

A esto ¿qué responderás,
Cuando no sabes hacer
Sino dar buen parecer
Y hacer sombra cuando mas?
Dijo el sombrero: Es verdad;
Mas haces poco, te digo,
Pues tú no harás un amigo,
Ni reharás una amistad.
Cierto es que no derribé
Yo murallas en la vida,
Ni dejé ciudad destruida,
Ni campiñas asolé.
Tampoco logré, no ignoro,
Vivas ni aplausos rastreros,
Ni he servido á maromeros,
Ni he matado ningun toro.
No por esto creas que apoco
Tu utilidad; eso no,
Solamente quiero yo
Que no me tengas en poco.
Mas ahora quieres probar
Lo útil que eres por lo fuerte;
Pero en este caso advierte
Te puedes equivocar.
Tú piensas mas que yo ser
Por tu punta y por tu filo;
Mas por este mismo estilo
Mi inferior vienes á ser.
Tú haces bien, y no me engaño;
Mas por desgracia fatal
Estás dispuesta á hacer mal,
Y yo jamas hago daño.
Tú harás mil fatalidades
Con tu violenta osadía;
Yo con una cortesía
Evito rivalidades.
De tu rigor inhumano
Yo puedo y sé remediar

Mil agravios con pasar
De la cabeza á la mano.
  En efecto, mil has hecho
Que yo he compuesto, señora,
Vaya, pues, dígame ahora
Si no soy de honra y provecho.
  La espada, que era de Astorga;
No dijo esa boca es mia.
El sombrero bien diria
Puesto que el que calla otorga.

A lo menos el sombrero
Hace mas amistades que el acero.

FABULA XIV.

El zopilote y el falderillo.

Un zopilote un dia
Con un caballo muerto fiesta hacia.
Un faldero lo vido,
Y así le dijo en tono presumido:
¿Tú eres el zopilote?
¡Qué cosa tan horrible! ¡qué feote!
¡Qué prieto! ¡Qué tiñoso!
¡Qué zancon! ¡Qué sucio y asqueroso!
Si de noche te viera,
Por coco de los perros te tuviera.
¡Fucha en el pajarote aborrecido!
Que come carne de animal podrido.
¿Dime, no te dá pena
Cuando en mí miras una cosa buena?
¿No me ves tan bonito,
Tan blanco, tan bañado y aseadito?
Y no tú, tan inicuo y tan grosero
Que de verte no mas creo que me muero.
El pobre zopilote proseguia
Estirando la trípa que podia,
Seguro de que á un necio
Se debe responder con el desprecio.
Mas el perro insolente
Proseguia en insultarlo amargamente,
Y le decia: mi nombre
Tienes particular. Porque te asombre,
Escucha el mio, que es noble y esquisito,
Pues me llaman en casa marquesito.

Mi ama la señorita
En sus faldas me pide la pancita,
Me tusa, me enlistona, me adereza,
Y ostenta donde quiera mi belleza.
Como bizcocho, bebo chocolate,
Y nunca sé dormir en el petate.

Larga, en fin, la llevaba
El perrillo mordaz que lo insultaba,
Tanto que el sopilote
Enfadado le dijo: tontonote,
Eres bonito, quedo satisfecho,
Pero ¿sirves en algo de provecho?
Sí señor, dijo el perro: sirvo tanto
Que los gatos espanto
En muchas ocasiones
Para que no se coman los ratones.
Me siento, sé bailar, hago el soldado
Con un palo arrimado:
Ladro, hago fiestas, brinco á troche moche,
Asomo la cabeza por el coche:
Pido con las manitas
A todas las visitas
Cuando mueven la boca,
Lo que á bastante risa las provoca;
Y si quieren jugarme algun engaño
Les ladro, y aun la ropa les araño.

Si algun estraño pasa
Por donde estoy, aturdiré la casa,
Y si ese se descuida,
No dejaré de darle una mordida.
En fin, sé hacer el muerto
Y muy al vivo.—Bien está. Por cierto,
Dijo el sopilotillo
Al vano falderillo:
Que tú por gracias tales
Mereces veinte palos muy cabales,
Pues entre tus oficios,
Los que no son perjuicios

Son unas boberías,
A la verdad, y demasiado frias.
Escúchame ahora, loco,
Y verás que no sirvo yo de poco.
Es cierto que soy feo,
Y siempre que bebo agua bien lo veo.
Sabia naturaleza
Me negó el frágil don de la belleza,
Pero en cambio me dió las propiedades
De limpiar las ciudades
De carnes corrompidas. Yo me aplico,
Y no dejo de hacerlo con el pico.
He aquí que hago una cosa
Incomparablemente provechosa
A cualquiera ciudad, reino ó estado,
Por lo que soy en todos apreciado.
Mil pestes ahorro yo porque te asombres,
Guardando así la vida de los hombres,
Los que encontrando en mí tal conveniencia
Procuran respetar mi subsistencia;
Y aunque desagradable
Sea mi presencia, soy muy apreciable
A los hombres sensatos,
A pesar de los perros y los gatos.
Si no estás convencido,
Replícame, faldero presumido,
Si tú harás otro tanto
Con todos tus primores y tu encanto.
A razones tan claras y evidentes
Solo dijo el perrillo allá entre dientes:
Bien dice el zopilote, no es cordura
Juzgar de nadie mal por su figura,
Pues bajo la mas soez que yo desprecio
El mérito se oculta. Soy un necio.

FABULA XV.

El pastor, el chivo y los carneros.

Caminaba un pastor
Un dia muy alegre,
Llevando unos carneros
Para ver si los vende.
Encuentra con un rio
Y trepa sobre el puente
El cabestro que lleva
Para que los adiestre.
Mas los carneros tontos
Que de guias no entienden,
Creyendo pasarian
A nado el rio mas breve,
Despues de muchas vueltas
A nadar se resuelven,
Sin atender las señas
Que porque lo siguiesen
Les hacia el chivo viejo
Parado sobre el puente.
En fin, se arrojó al agua
Un carnero novele,
Tras este otro, y tras él
Tres, cuatro, quince, veinte,
Todos sin quedar uno
Murieron de esta suerte.
Se daba al diablo el pobre
Del pastorcillo, al verse
Solo, y que sus corderos
Los lleva la corriente.

El que loco desprecia
Un consejo prudente
Por seguir su capricho,
Las mas veces se pierde.

FABULA XVI.

El medico, la enfermedad y el paciente.

Un médico afamado
Visitar á un enfermo no queria,
Porque desesperado
Veia que la dolencia no cedia;
Antes por mas remedios que aplicaba
Mas y mas el paciente se empeoraba.
Un dia vió que el enfermo
Abrazaba á una vieja tenazmente,
Y este vil estafermo
A la vista del médico prudente,
Con insolencia y desvergüenza rara
Lo besaba en los ojos y en la cara.
El médico la dice,
De rabia lleno y de furor temblando:
Deja, bestia infelice,
A este pobrete. Ves que está espirando.
¿Pues para qué lo acosas, condenada,
Si ya no puedes conseguir de él nada?
Al oir esto la vieja,
Al médico se encara y le responde:
Dejemos esta queja.
Tú no sabes quien soy. Bien se te esconde.
Pues soy la tisis que curar quisieras.
Y ya hubieras curado si pudieras.
¿Y por qué no? replica
El médico en enojo ya ecsaltado.
¿Pues todo cuanto indica
Naturaleza ya no le he ordenado?

La enfermedad responde: Sí, tú has hecho
Cuanto está de tu parte, y sin provecho.
Porque cuanto apetece
Le dan los de su casa en el instante;
Y aunque el mal lo estremece,
Bebe aguardiente, come bien picante,
Y de este modo con estrecho lazo
Él se abraza de mí, y yo le abrazo,
El médico al momento
Dijo al enfermo: Muere usted sin duda
¿Qué hará el medicamento
Si á la naturaleza no se ayuda?
Supuesto que sin régimen ni dieta,
De nada sirve la mejor receta.

FABULA XVII.

La vaca, el becerrillo y los ordeñadores.

Un pobre becerrillo
A quien el hambre mata,
Luego que vió á su madre
A la teta se llega por mamarla.
Pero ella ingratamente
Lejos de sí lo aparta,
Valiéndose para esto
Del corvo cuerno y de la hendida pata.
El infeliz becerro
Mugiendo lamentaba
Su triste situacion,
Y de su madre la crueldad estraña.
Cuando en esto al corral
Entró Juan de buena alma
Con su muger Chafina,
Y sus dos hijos Anacleto y Pancha.

En el instante mismo
Comienzan á ordeñaria,
Llenando sus vasijas
De la espumosa leche que sacaban.
La vaca muy paciente,
Inmóvil cual estatua,
Que la espriman permite
Las llenas ubres de la leche blanca,
El becerrillo triste
Desde lejos miraba
Hartarse los rancheros
Con lo que á él su madre le negaba;
Y no pudiendo ya
Sufrir injuria tanta,
A la vaca así dice,
Con ojos tristes rebalsando en agua:
Madre cruel, ¿por qué niegas
A tu hijo tan avara
Lo que tan francamente
Preparó para mí natura sabia?
¿Por qué para otros eres
Tan liberal y franca,
Y al hijo que pariste
Niegas el alimento? ¡Cruel, ingrata!
A estas reconvenciones
Enmudecia la vaca,
Sin osar responder
Al pobre becerrillo una palabra.

Mas ¿qué ha de responder
El padre cruel que afana
Porque su hijo perezca,
Disipando él con otros su sustancia?

FABULA XVIII.

La araña y el chichicuilote (*).

Una araña cualquiera
Enredaba una mosca, cuidadosa
De que no se le fuera.
Teniéndola por útil y sabrosa,
Para obsequiar con gusto á una arañita
Que esperaba á la noche de visita.
  Con un hilo y otro hilo
Al insectillo ataba diligente,
Cuando un buen chichicuilo
A observarla llegó por accidente,
Y haciendo del sensible y compasivo
Así la dijo con acento altivo:
  Araña cruel, tirana:
Monstruo de las arañas, fementida;
Araña vil, insana,
¿Por qué á esa mosca privas de la vida?
¿Qué te ha hecho la infeliz, en qué te daña,
Para que no se libre de tu saña?
  ¡Ay! ¡pobre animalito!
¡Triste de tí que sufres y padeces,
La muerte sin delito!
¡Cuánto en tu situacion me compadeces!
¡Quién gavilan ó girifalte fuera
Para librarte de esa bestia fiera!

(*) Avecilla de pico y zancas largas que en América llaman garmente chichicuilotes. Son pequeños, cazan moscas y mosquitos amantísimos al agua, y continuamente se bañan como el pato y el sar: su carne es muy gustosa, especialmente asada. Ignoro si Europa hay tal ave conocida por otro nombre, ó si es particular de climas.

  Señor chichicuilote,
Dijo la araña en tono malicioso,
Admiro que me note
Que yo una mosca enrede. Es muy piadoso;
Mas si en mi coger una me condenas,
¿Tú por qué te las comes en docenas?
  Miróse convencido
De mas tirano el chichicuilo. Calla:
Se retira fruncido,
Y dice: No hay que hacer: aquel que se halla
Plagado de delitos criminales,
No debe reprender faltas veniales.

FABULA XIX.

Celia, su hijo y las gallinas.

A la su quinta
Se mudó Celia
A divertirse
La primavera;
Pero su casa
A Marcia deja
A que la cuide
Mientras su ausencia.
Por sus gallinas
Mucho la ruega
Que las asista,
Que las atienda.
Maiz abundante
Se le franquea,
Porque alimento
Que darlas tenga.
Confiada en esto
Celia se ausenta,

Y Marcia ingrata
Bien se aprovecha
Del maiz y todo
Cuanto le queda,
Que como logre
Mejorar ella,
Las gallinitas
Aunque perezcan.
Así sucede,
Y á consecuencia
Unas se mueren,
Otras se enferman;
Cual enflaquece,
Y cual se enteca.
En este tiempo
Celia regresa:
Ve sus gallinas
De hambre muertas.
A Marcia llama
De rabia llena;
Pero esta infame
Da media vuelta,
Pues no tenia
Que responderla;
Celia que ve esto
Se desespera,
Grita, se enoja,
Riñe, lamenta,
Y su hijo el grande
Por complacerla
Su cuello abraza,
Su cara besa;
Y así la dice
Con voz muy tierna:
¿Ya ves lo que hizo,
Mama, la vieja
Con las gallinas
Que tú la entregas?

Pues lo mismo hacen
Mil albaceas,
Segun me dice
Doña Esperiencia.
Por vida tuya
Cuando te mueras,
Ve á quien y como
Nos encomiendas.

FABULA XX.

La paloma celosa.

Un palomo bebia
Alegre en un arroyo cristalino.
Su paloma lo via
Desde la copa de un frondoso encino,
Porque ya dias andaba recelosa,
Y lo acechaba oculta y cuidadosa.
Mas quiso serlo tanto,
Que la necia, engañada por sus ojos
Llenos de amargo llanto,
Vido con celos mil y mil enojos
Que su querido con amor besaba
A una paloma que en el agua estaba.
Pero en el mismo instante
Del alto encino la atalaya deja,
Vuela dó está su amante,
Le reconviene triste y se le queja.
El palomo confuso y aturdido
La jura que la es fiel, ni la ha ofendido.
Oye, dice á su amada:
Es mi figura la rival temida
Que viste retratada
En el arroyo. ¿Crees que sumergida

Paloma alguna en él vivir pudiera?
Depon tu desconfianza, que es quimera,
¿Quimera? ¡voto á tristo!
Responde la paloma envuelta en ira:
¡Quimera lo que he visto.....!
Dijo, y desesperada se retira,
Perseguida dó quiera de su celo,
Y al fin pierde la vida sin consuelo.

Mugeres desdichadas
Que os dejais dominar de un celo necio:
Sed mas consideradas;
No hagais de las sospechas tanto aprecio,
Que el celo que no rige la prudencia
Pinta una realidad de una apariencia.

FABULA XXI.

La gata y la mona.

Inadvertidamente
Quebró un vaso una gata
Por coger una rata;
Pero al fin la pilló con uña y diente:
Ufana retozaba
Con su presa, y contenta,
Sin advertir que atenta
Una insolente mona la miraba,
Y muy escrupulosa
La dice la monita:
Diviertete, nanita,
¡Que por cierto que has hecho linda cosa!
Ya tu muerte sospecho,
Y si yo aquí mandara
Al momento te ahorcara,
Pues haces mas perjuicio que provecho.

Tienes muy torpe el paso,
La vista confundida,
Y eres tan aturdida
Que al coger un raton rompes un vaso.
En fin, eres tan mala,
Que si mi gata fueras
En este dia murieras,
O á buen librar te echara noramala.
Pues es usted tan diestra,
Responde enardecida
La gata, por su vida
¿No me hará favor de ser mi maestra?
Porque ó yo estoy demente,
O quien tanto murmura
Estará muy segura
De cazar los ratones diestramente.
Con un vano tonillo
La dice la monita:
¿Tanto se necesita,
Necia, para coger un ratoncillo?
Cierto que no, señora;
La responde la gata:
Mas se me fué la rata
Por un descuido; pillemela usted ahora.
Mire que es fácil cosa,
Pues va la rata herida,
Corre despavorida
Y no acierta la pobre con su choza.
La mona atolondrada
Corriendo con torpeza,
Se rompió la cabeza
Por afianzar la rata, y no hizo nada.
¡Vamos! ¡quién lo creyera!
La gata la decia:
¡Que sea usted tan valdía,
Y que así á murmurarme se atreviera!
¡Oh gata socarrona!
Alabo tu descoco.

Murmurar cuesta poco;
¿Pero hacer? Eso sí, como la mona.

FABULA XXII.

Cintia viendose en el espejo, y su criada.

Muy divertida Cintia
Sus gracias contemplaba
Mirándose al espejo
Una cierta mañana.
Mas ¡ay! que de repente
Da un grito, se desmaya,
Porque en su bello rostro
Los colores estraña.
¡Ay Aminta! ¿qué es esto?
Dice á su buena criada:
¿Qué es lo que me sucede?
Los colores me faltan.
No se asuste, señora,
Responde la bellaca:
Si hoy está mas hermosa
De cuando nace la alba.—
Te equivocas, Aminta,
Pálida está mi cara.—
Señora, es aprension,
Está usted colorada.
Sin duda que la rosa,
La púrpura y la grana,
Hoy junto á sus mejillas
Me parecieran blancas.
Sí, señorita, en mí,
En mí ha estado la falta,
Que lavé mal la luna
Y está muy empañada.
Pero usted está tan linda

Tan arrogante y sana,
Que si hombre fuera yo
Ahora la enamorara.
Bien hayas tú, responde
Cintia, y tierna la abraza:
Buen susto me has quitado,
Se conoce que me amas.

Así ni mas ni menos
Al vanidoso engaña
El vil adulador
Que sus faltas solapa.

FABULA XXIII.

El novillo y el toro viejo.

Hicieron unas fiestas en un pueblo,
En las que no faltaron sus toritos,
Porque lidiar los hombres con los brutos
En la mejor funcion es muy preciso.
Pasadas ya las fiestas, se juntaron
En el corral de Anton, un buen novillo
Y un toro de seis años, que mil veces
Al arado de su amo habia servido.
A los dos los torearon en las fiestas,
Y por esta razon fueron amigos.
Conociéronse luego, y con espanto
El novillo al buey viejo así le dijo:
Escucha camarada: ¿por qué causa
Cuando los dos jugamos en un circo,
Yo salí agujereado como criba
Y tú sacaste tu pellejo limpio?
Entonces el buey grave le responde:
Porque ya yo soy viejo, buen amigo,